

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

*Rivista di Antropologia.* — (Atti della Società Romana di Antropologia dal Vol. I al Vol. XV). Direttore: Prof. Sergio Sergi. Vol. XLVI. Pubblicazione dell'Istituto Italiano di Antropologia. Roma, Italia, 298 pp., con varias ilustraciones en el texto.

Este valioso volumen, de casi cerca de 300 páginas, contiene un escogido material de investigación antropológica, particularmente de antropología física. Es así como emergen del índice trabajos tan interesantes como *La collezione antropologica dei Daiacchi raccolta dal dott. Rudel*, por el Profesor Sergio Sergi, en el cual el autor nos informa acerca del origen, condiciones y demás datos relacionados con los materiales antropológicos (cráneos y cabellos de Dayaks), recogidos por el doctor Eugenio Rudel en la isla de Borneo y conservados en el Museo de Antropología de la Universidad de Roma. En la segunda parte se hace un estudio sistemático por parte de los antropólogos Antonio Ascenzi y María Sergi sobre los cabellos y el cuero cabelludo de la referida colección, compuesta de 14 cráneos. El análisis morfométrico de los cabellos fue practicado según la técnica del "tricocicloforo" de Sergi y el método de Neuert para la determinación del grado de curvatura. El cuero cabelludo fue analizado por secciones histológicas. De este estudio se llegó más o menos a las siguientes conclusiones: los cabellos de todos los individuos tienen un grado ínfimo de curvatura, característica que los asimila al tipo mongoloide. En cuanto a la forma de la sección transversal, una minoría exigua de la serie de cabellos muestra caracteres negroides, al tiempo que un gran número revela rasgos de tipo europeo. De todas maneras, allí inciden con mayor frecuencia cabellos con caracteres de tipo mongoloide. Es probable que la gran variabilidad de forma de la sección

transversal pueda depender de los hibridismos más o menos antiguos o recientes, o bien de las mutaciones; unos y otras están ligados a la historia de la sucesión de crecimientos entre los pueblos que han habitado y habitan actualmente la isla de Borneo. El estudio se halla impecablemente ilustrado por una serie de planchas, cuadros y figuras fuera de texto en que se observan fotografías del cuero cabelludo, tricometrogramas de 140 cabellos, índice transversal y forma de la sección de los cabellos, y microfotografías de las secciones del cuero cabelludo. Luégo le sigue una investigación morfométrica en 243 estudiantes en la edad púber, titulada *Sul differenziamento sessuale morfometrico nell'epoca pubere*, por Domenico Maestri, con el fin de determinar la diferenciación sexual con respecto a las características esenciales morfométricas del tronco y los miembros, mediante el reciente método de la función discriminatoria de Tanner y los morfogramas de Décourt y Doumic (*Current advances in the study of physique. Photogrammetric anthropometry and an androgyny scale*, Lancet, 1951, de J. M. Tanner, y *Schéma anthropométrique appliqué a l'endocrinologie*, París, 1950, de J. Décourt y J. M. Doumic. (*La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales*, de Gregorio Marañón).

El *Studio comparativo di alcune dimensioni e proporzioni somatiche in gruppi di sportivi praticanti specialita diverse*, con 9 gráficos, 2 planchas en el texto y 9 fuera de texto, del profesor Venerando Correnti, Director del Instituto de Antropología de la Universidad de Palermo, es un modelo de investigación a través de la cual el autor estudia las variaciones de ciertos caracteres morfológicos en lo que concierne a la práctica y rendimiento en las diferentes especialidades deportivas.

En *La mummia infantile di Uan Muhuggiag (Osservazioni antropologiche)*, los investigadores Fabrizio Mori y Antonio Ascenzi describen los aspectos antropológicos de los restos momificados de un niño, descubiertos en el curso de la IV Misión Paleontológica en el macizo montañoso de Acacus (Sahara), para cuyo estudio asociaron los siguientes métodos: descripción morfológica, antropometría, examen radiológico, histológico y químico. Para la datación cronológica el profesor E. Tongiorgi se valió de la técnica del C<sup>14</sup> (carbón 14).

Por lo demás, nos limitamos a enumerar apenas los subsiguientes trabajos investigativos, que son de suma importancia:

*Sensibilità alla PTC, funzione tiroidea e metabolismo basale*, por Mario Fedeli; *Sulle relazioni fra statura e caratteri sessuali morfologici e morfometrici nell'epoca pubere*, por Domenico Maestri; *Il contenuto lipidico del plasma sanguigno, nei suoi rapporti con i caratteri somatici, in un tentativo di confronto preliminare*, por Cleto Corrain, Enrico Reginato y Mario Ferrucci. Y, finalmente, el metódico estudio del profesor Fedele Sorcetti, intitolado *Denti e Sesso*, en el cual analiza los dientes en ambos sexos y en las diferentes edades de la vida humana, con el fin de destacar la influencia sexual en la morfología, fisiología y patología dentarias. Por ejemplo, los dientes femeninos, respecto de los masculinos, son más pequeños y menos pesados, así como más blancos y brillantes; en ambas denticiones irrumpen más precozmente y tanto el tártaro como la piorrea alveolar son menos frecuentes en ellos, pero también con sujeción a las particulares variaciones del equilibrio hormonal durante la gravidez, el puerperio y la menopausia.

Adicionalmente trae una sección de "Notas y Comunicaciones", muy importante, como puede inferirse de la calidad de los trabajos que se enuncian: *L'emoglobina delle scimmie platirrine e catarrine all'analisi elettroforetica*, por Massimo Cresta; *Contributo alla conoscenza della composizione delle proteine sieriche, all'analisi elettroforetica, nei primati platirrini e catarrini*, por Massimo Cresta; *Gruppi sanguigni in alcuni primati platirrini e catarrini*, por Pietro Passarello; *Il sistema emoagglutinativo Rh in un gruppo di studenti di Roma*, por Pietro Passarello; *Sulle variazioni dell'indice di sedimentazione leucocitaria*, por Oreste Zardi; *Rilevazioni e valutazione di alcuni caratteri somatici in corridori ciclisti*, por Marcello Greco; *Rapporti biometrici tra la lunghezza sternale e quella femorale durante il periodo pubertario*, por Francesco Landogna Cassone, etc.

En la sección de "Notas de Paleoantropología (noticias y bibliografía)" vale la pena señalar la reseña analítica del profesor Sergio Sergi sobre el *Oreopithecus bambolii Gervais*, del distinguido paleontólogo suizo Johannes Hürzeler, del Museo de Historia Natural de Basilea, con cinco figuras ilustrativas sobre tal estudio, en torno del cual se ha controvertido mucho en los círculos científicos. Como es bien sabido, la teoría del doctor Hürzeler descansa en el estudio de 26 fragmentos óseos del oreopiteco, entre los cuales se contaba una mandíbula con todos sus

dientes proveniente de los yacimientos de lignito del Monte Bamboli en el mioceno superior de la provincia de Grosseto (Italia), material fósil que más tarde fue completado con otros restos, particularmente con el hallazgo de un esqueleto incrustado en un estrato de lignito que databa de los principios del período mioceno, o sea, de hace once o doce millones de años, en una minería del pueblo de Buccinello (Grosseto, Italia), situado a unos 160 kilómetros al norte de Roma, en agosto de 1956. Luégo, a poca distancia del primer descubrimiento y en asocio del antropólogo Helmut de Terra, de la Universidad de Columbia, encontró el cráneo correspondiente, con lo cual se obtuvo ya un esqueleto casi completo. Afirma el doctor Hürzeler, con base en los estudios de los fósiles anteriormente descritos, que el oreopiteco, que vivió hace unos diez o doce millones de años, no era un mono sino uno de los primeros progenitores del hombre: un homínido. Posterior al estudio del doctor Hürzeler (*Oreopithecus bambolii* Gervais. A preliminary Report. Verh. Naturf. Ges. Basel. Vol. 69, pp. 1-48, Basel, 1958), el doctor Adolph H. Schultz publicó otro trabajo a este respecto (*Einige Beobachtungen und Masse am Skelett von Oreopithecus im vergleich mit anderen catarrhinen Primaten*. Zeit. Morph. Anthrop. Vol. 50, 2, pp. 136-149. Stuttgart, 1960).

Felicitemos al Instituto Italiano de Antropología por esta magnífica publicación científica que hace honor a las mejores de su género por la calidad de sus estudios, sus espléndidas ilustraciones y la severa y elegante presentación editorial. Nuestros parabienes también son para su director, profesor Sergio Sergi y su distinguido equipo técnico de colaboradores.

FRANCISCO MARQUEZ YAÑEZ.

*Revista del Museo Nacional*. — Director: Luis E. Valcárcel. Tomo XXVIII, 1959. 298 pp. Lima, Perú.

Bajo la dirección de uno de los más eminentes propulsores de las investigaciones antropológicas en el Perú, doctor Luis E. Valcárcel, ha aparecido este volúmen que recoge en sus páginas valiosos estudios de arqueología, lingüística aborigen y antropo-

logía social. Destácanse: *Símbolos mágico-religiosos de la cultura andina*, por Luis E. Valcárcel; *Quechuismos (su ubicación y reconstrucción etimológica)*, por José M. B. Farfán; *Diccionario Kkechuwa-Español (Apéndice N<sup>o</sup> 6)*, por Jorge A. Lira; *La estructura del Quechua (dialecto cuzqueño)*, por George Dumezil; *Esquema arqueológico de la Sierra Central del Perú*, por Luis G. Lumbreras; *El indígena y el mestizo en la comunidad de Marcará*, por Humberto Gheresi B.; *Vicos: las fiestas en la integración y desintegración cultural*, por Héctor Martínez A.; *Cofradía y compadrazgo en España e Hispanoamérica*, por George M. Foster.

La simple enumeración de los trabajos anteriores bastaría para señalar la importancia de esta publicación. Sin embargo, conviene puntualizar algunos de los interesantes aspectos socio-culturales que nos ofrece el estudio del profesor Foster acerca de las instituciones denominadas *cofradía* y *compadrazgo* tanto en España como en Hispanoamérica. Al efecto, consideramos pertinente reproducir aquí ciertos apartes de tan medular estudio:

“La hipótesis investigativa se puede formular de la siguiente manera: en todas las sociedades hay un grupo de cooperación mínima necesario para el funcionamiento de la vida diaria. El tamaño de este grupo varía de acuerdo a varios factores, incluyendo el ambiente natural, tipo de economía en práctica y la tecnología conocida. Por ejemplo: en las economías de azada y pala, el grupo mínimo, generalmente, es la familia biológica. En las economías simples de pesca, caza y pastoreo, grupos mayores son con frecuencia necesarios (1). Las sociedades basadas en agricultura irrigada, y algunas veces en cultura de arado, también requieren unidades de cooperación más complejas. Con el fin de funcionar eficientemente estos grupos mínimos deben: a) estar interesados con grupos similares en la misma sociedad así como con otras clases o grupos étnicos con los cuales el contacto es deseable o inevitable; b) estar provistos con mecanismos de ayuda mutua por los cuales sus miembros puedan hacer frente a las repetidas crisis religiosas, económicas y sociales que no pueden ser manejadas sólo por la unidad cooperativa mínima. Estos requerimientos son con frecuencia desempeñados por recursos similares. Varían de sociedad a sociedad, a pesar de que en un cierto nivel hay una tendencia al mismo tipo de solución.

Entre gentes más simples éstos incluyen sistemas de parentesco (clan, linaje, familia extensa), amistad formal, grados de edad, culto al ángel de la guarda, y así sucesivamente. Las sociedades más complejas pierden muchos de estos recursos y los sustituyen por asociaciones religiosas y económicas voluntarias, así como por otros lazos basados en elección en vez de en el accidente (sic) de nacimiento. Tales asociaciones, por supuesto, generalmente florecen dentro del marco de organizaciones estatales. A medida que la sociedad entra en la etapa industrial, la ayuda mutua y recursos integrativos se vuelven cada vez más impersonales, tomando la forma de seguro voluntario u obligatorio, seguro social administrado por el gobierno, caridades estatales, gremios de obreros y relaciones basadas en la ley. Las soluciones halladas por cualquier sociedad a estos problemas universales parecen deberse a la interrelación de tres factores básicos: la configuración general o patrón común de todas las sociedades del tipo en cuestión; las características únicas en su género o peculiares de esta sociedad”.

Precisamente el autor, en el trabajo que comentamos, se refiere a la interrelación de los factores anteriormente indicados a lo largo de los diferentes períodos históricos tanto en España como en Hispanoamérica. La arquitectura argumental de esta exposición bien puede compendiarse así: “A fines de la Edad Media la cultura española incorporó dos instituciones que poseían extraordinarias facilidades para enfrentarse al desafío de períodos de crisis y para integrar la sociedad. Una era la cofradía o hermandad religiosa, la cual en un período temprano se incorporó al gremio que conservaba muchas de las características sagradas de la institución principal, pero que también le dio importancia a los aspectos económicos. El otro fue lo que se conoce en Hispanoamérica por compadrazgo, una maraña de relaciones interpersonales basadas en parentesco espiritual reconocido por la Iglesia Católica, logrado por padrino de un neófito en el bautismo, confirmación o matrimonio. El compadrazgo perdió y terminó como una ceremonia de rutina socio-religiosa, mientras que por un período de varios siglos las cofradías y gremios dominaron muchos aspectos de la vida española. En el Nuevo Mundo hay evidencia de que la misma competencia empezó de nuevo, pero aquí el compadrazgo ganó finalmente el lugar prominente. El gremio desapareció casi por

completo y la cofradía vino a llenar un rol distinto, pero importante en la vida popular hispanoamericana”.

Después de describir el origen (surgió de la costumbre católica de requerir patrocinadores espirituales en el bautismo), funcionamiento y desarrollo de la institución del *compadrazgo* en España y de indicar cómo estas relaciones básicamente simples entre compadres y ahijados proliferaron en la Europa Medioeval en respuesta a los estímulos originados en las necesidades de una sociedad feudal, tales como parentesco espiritual, aspectos exogámicos de la relación, número de padrinos, anhelo de conseguir padrinos de una posición más alta en lo social y económico por las ventajas materiales que ello acarrea para los ahijados y su parentela, entra a analizar el *compadrazgo* en América Hispánica. Se advierte que aquí la institución es mucho más compleja, pues abre el compás de la relación a mayor número de personas y de oportunidades, aumenta el círculo de contactos y acentúa más los vínculos de relación entre compadres que entre padrinos y ahijados, haciéndola incidir sobre parientes a favor de amigos o padrinos de *status* superior y que estén dispuestos a servir. Asimismo, se observa que el sistema americano del *padrinazgo* desempeña un papel mucho más importante en la vida social y económica que el sistema español. “Todo el mundo adquiere una gran cantidad de compadres, padrinos y ahijados hacia los cuales se actúa de una manera específica y de los cuales se pueden esperar atenciones recíprocas similares. Amistad, cortesía, consideración y disposición para ayudar son las obligaciones generalmente mencionadas. El grupo inmediato hacia el cual una persona se siente obligada se extiende mucho más allá de los límites de la familia biológica, y la protección económica, espiritual y social está, por consiguiente, fortalecida. Los compadres están moralmente obligados a prestarse dinero, y es igualmente una obligación moral pagar dicha deuda. Los hermanos consanguíneos a menudo se niegan a ayudarse de esta manera. En caso de enfermedad los compadres se visitan frecuentemente llevándose comestibles y ofreciéndose la ayuda necesaria, etc.”

No hay que olvidar que la costumbre de nombrar padrinos de bautismo, confirmación y matrimonio fue traída al Nuevo Mundo como parte del ritual de la Iglesia Católica y que rápidamente se convirtió en eje de la vida social y religiosa. El autor advierte, además, que los datos obtenidos para su estudio,

en su mayoría proceden de pequeñas comunidades rurales de varios países hispanoamericanos y que conoce muy pocas descripciones acerca del funcionamiento de tal institución (*compadrazgo*) en las ciudades y entre las clases altas. Reconoce también la eficacia del *compadrazgo* para estabilizar las relaciones entre las personas vinculadas a él, así como entre las clases sociales y los grupos étnicos, anotando que en las aldeas en las cuales los mecanismos formales para mantener la ley y el orden se hallan pobremente desarrollados, es importante contar con numerosos compadres en caso de disputa o pleito, a fin de que alguno de ellos preste el servicio de mediador o amigable compositor en las pendencias, es decir, ejerciendo así —tal vez con mayor eficiencia— una función de policía o de tribunal de arbitramento voluntario u obligatorio y sin sujeción a ningún orden legal preestablecido.

En síntesis, el distinguido investigador Foster termina diciendo que el *compadrazgo* en la mayor parte de Hispanoamérica opera como una fuerza cohesiva e integrativa dentro de la comunidad, así como entre clases y grupos étnicos, formalizando ciertas relaciones interpersonales y encauzando modos de comportamiento dentro de patrones establecidos a fin de que el individuo adquiera el grado máximo de seguridad social, espiritual y económica.

Finalmente hace un breve análisis histórico-comparativo de aquellas organizaciones corporativas denominadas cofradías o hermandades religiosas y gremios para examinar su origen, estructura, funcionamiento y relación con el *compadrazgo*, particularmente en lo que respecta a su *modus operandi* como instituciones o mecanismos sociales en el Viejo y Nuevo Continentes.

Felicitemos a las directivas y colaboradores de la *Revista del Museo Nacional* de Lima, publicación excelente que está sirviendo los altos intereses de la ciencia y la cultura con estudios e investigaciones tan serios y bien elaborados como los de los doctores Valcárcel, Farfán, Dumezil, Lumbreras, Gershi, Martínez y Foster.

FRANCISCO MARQUEZ YAÑEZ.

Como órgano publicitario del Instituto de Etnología y Arqueología, Facultad de Letras de la Universidad Nacional de San Marcos, ha aparecido el número 1 de la revista *Etnología y Arqueología*, con 308 páginas, varias ilustraciones y un excelente material de estudio antropológico que se agrupa bajo diversos títulos, así: *Etnología: El Trabajo en una comunidad andina*, por José Matos Mar; *Organización social en Vicos*, por William Mangin; *Enfermedad y organización social*, por Jacobo Fried; *Formación de dos comunidades indígenas en la costa peruana*, por Louis Farón. *Arqueología: Huáral: Inventario de una tumba saqueada*, por Rosa Fung Pineda; *La cultura de Wari*, por Luis Guillermo Lumbreras; *Una colección arqueológica de Arequipa en la Universidad de California*, por John Rowe. Finalmente una sección de Informaciones, que comprende: *Mesa redonda y seminario de ciencias sociales*, por José María Arguedas; *Acuerdos del Seminario Latinoamericano sobre metodología de la enseñanza y la investigación de las ciencias sociales*; *El Instituto de Etnología y Arqueología*.

Para mejor información vale la pena reproducir algunos apartes del escrito de presentación del doctor Luis E. Valcárcel:

“Con el presente volumen iniciamos la edición de *Etnología y Arqueología*, título bajo el cual publicaremos los ensayos de profesores y alumnos de nuestro Instituto y de los antropólogos que sin pertenecer a él hayan dedicado su inteligencia al estudio de los problemas de la cultura en el Perú.

“En los últimos años, los estudios de nuestra realidad cultural han alcanzado mayor madurez y están pasando de los escauceos iniciales al nivel de la investigación sistemática. Los maestros y sus discípulos, junto a los antropólogos extranjeros, dirigen su mirada escrutadora al complejo mundo de nuestra estructura social, cuyos cimientos penetran muy hondo en nuestra historia.

“Los temas ofrecidos y desarrollados en las presentes páginas van desde los relacionados con el trabajo, la organización social y la enfermedad en grupos comunales campesinos de la

Sierra, hasta los problemas relativos a la formación de comunidades costeñas. Material rico y variado que constituye una positiva contribución de investigadores peruanos, norteamericanos y europeos, quienes vienen actuando en fecunda colaboración desde los comienzos de la existencia de nuestro Instituto, gracias al apoyo recibido de entidades tan prestigiosas como la Smithsonian Institution, la Fundación Wenner Green, la Comisión Fulbright de Intercambio Educativo, las universidades de Cornell, de Yale, de California, de Columbia, el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, el de Chicago, el de Pensilvania, el Museo del Hombre, de París, el Volkerkunde, de Berlín, el de Munich, la Unesco, Naciones Unidas, y tantas otras instituciones que han colaborado valiosamente en arqueología y etnología del Perú.

“No menos prometedor es el conjunto de estudios sobre nuestro pasado precolombino que ofrecemos ahora, como primeros frutos de la nueva generación de arqueólogos peruanos. Los aportes sobre la cultura Wari y sobre los yacimientos de Huaral acrecientan el acervo de la investigación sobre la Edad Antigua del Perú.

“El *Instituto de Etnología y Arqueología* prosigue su marcha, sin prisa, pero con el convencimiento de que su avance no es ilusorio; su aspiración es servir cada vez mejor los universales intereses de la Ciencia, al mismo tiempo que las apremiantes necesidades del país, cuyos problemas nunca podrán ser resueltos sin un conocimiento exhaustivo de su cultura, sólo posible siguiendo los rumbos y los métodos de la ciencia antropológica”.

Algunos de los trabajos brevemente anotados al principio son acreedores a un comentario mucho más amplio por su innegable importancia científica en el campo de las investigaciones socio-antropológicas y arqueológicas del Perú, comentario que esta rauda síntesis bibliográfica no nos permite adelantar ahora.

Felicitamos al Director y a los colaboradores del *Instituto de Etnología y Arqueología* por esta magnífica publicación, a la cual auguramos muchos éxitos futuros.

FRANCISCO MARQUEZ YAÑEZ.

Se trata de una interesante revista suficientemente conocida en los círculos científicos de Italia y de otros países, cuyo volumen XIV nos trae varios artículos de investigación antropológica, entre los cuales merecen destacarse: *La storia della popolazione dei Baskiri nel territorio degli Urali*, por Hans Findeisen; *Sulla utilizzazione del film nella ricerca etnografica*, por Romano Calisi, y *¿Pigmeos en América?*, por Alfredo Sacchetti.

Nos limitamos a señalar el trabajo de Romano Calisi acerca de la importancia que reviste el cine en el campo de las ciencias humanas, particularmente el filme documental puesto al servicio del antropólogo, el biólogo, el psicólogo, etc. En verdad que constituye un poderoso auxiliar en el proceso de las investigaciones de terreno para el etnólogo, cuya principal ventaja para éste consiste en poder fijar en la película acontecimientos o sucesos que sería imposible conservar, a título documental, de otra manera o por otros medios, por ejemplo, a través del lenguaje escrito, el dibujo o la fotografía, pues bien sabido es que el cinematógrafo recoge los más finos matices de la realidad ambiental y humana. Precisamente el autor nos hace ver la utilidad de este moderno recurso técnico para las investigaciones etnográficas con base en la publicación *Research film in biology, anthropology, psychology and medicine*, de Anthony Michaelis, notable experto en la técnica cinematográfica y fotográfica, como auxiliar de esta suerte de pesquisas científicas. Sin embargo, con probidad mental que lo enaltece, no olvida que el "pionero" en la prospectación teórica de este sistema fue el antropólogo francés Félix Regnault, quien ya había teorizado acerca de la utilización del filme en la investigación etnográfica (*Le rôle du cinema en ethnographie*, 1931). Así, pues, que el documento etnográfico filmado, fuera de despertar un singular interés por lo exótico, contribuye a facilitar la valoración de hechos y fenómenos humanos, que de otra manera escaparían a la observación y análisis de los estudiosos. Basta con anotar algunas posibilidades que el filme etnográfico ofrece al investigador al reproducir no sólo ya los movimientos, como en el cine mudo, sino éstos en perfecta sincronización con los sonidos, los rumores, el lenguaje hablado, la mímica, etc. Recuérdese que el registro

sonoro sobre la película sustituyó las antiguas impresiones fonográficas.

Si bien es cierto que el fundador de la cinematografía etnográfica de amplio desarrollo —Robert Flaherty— le imprimió gran dinámica al movimiento documental filmico, no es menos cierto que hoy en día hay que reconocer la importancia de múltiples técnicas empleadas para la documentación cinematográfica científica y de numerosas controversias teóricas en torno al desarrollo de las mismas, según se trate de formas filmicas de ficción o ciencia, de finalidades estrictamente científicas o artísticas, o de simple diversión o pasatiempo. En fin, toda esa vasta gama de aspectos técnicos encerrados en la problemática sobre cine documental, tratada por los expertos a lo largo de las deliberaciones del *VII Symposium Internazionale sul Film Etnografico e Sociologico*, celebrado en Perugia, Italia, en mayo de 1959.

La revista comentada presenta además un trabajo de Alfredo Sacchetti sobre el estudio crítico que recientemente publicó el distinguido antropólogo Juan Comas, titulado *¿Pigmeos en América?* (*¿Pigmeos en América?*, 10 fotografías y 1 mapa. Cuadernos del Instituto de Historia, Serie Antropológica N° 9, Universidad Autónoma de México, 1960), así como otros artículos de Antonio Russo y Giovanni Tassoni, bajo los títulos de *Profetismo e movimenti salvifico-messianici* e *Il Calendimaggio in Teofilo Folengo e nel Mantovano*.

Esta publicación es digna de ser elogiada por la calidad de sus estudios y el valioso aporte que representa en el avance de las investigaciones relacionadas con la Ciencia del Hombre.

FRANCISCO MARQUEZ YAÑEZ.

LEHMANN, HENRI y PAULETTE MARQUER. — *Etude Anthropologique des Indiens du Groupe "Guambiano-Kokonuko"* (Región de Popayán. Colombie). Paris, 1960. pp. 177-236. (Separata del Bulletins de la Société d'Anthropologie, t. 1, Serie XIe.).

Se publican en este trabajo los resultados de la encuesta de antropología física llevada a cabo por una comisión técnica

de la cual hicimos parte, en el año de 1943, bajo la dirección del antropólogo francés de origen alemán, profesor Henri Lehmann.

La encuesta se hizo siguiendo el método técnico empleado por el Instituto de Etnología de París, método divulgado por Rivet en el Instituto Etnológico Nacional, institución que fundara en el año de 1941.

Las mediciones se hicieron en 216 hombres indígenas. No fue posible hacerlas en mujeres por los naturales recelos de los nativos. Estos 216 sujetos estaban repartidos así: 96 guambianos, 32 totoreños, 30 puraceños, 12 ambaleños y el resto procedentes de las localidades de Quisgó, Camojó y Polindara.

Entre los rasgos observados, medidos y descritos, figuraron los siguientes: *color de la piel*, que se tomó debajo del brazo, a nivel de las axilas, aplicando para ello la escala cromática de Schultz. La mayoría de los sujetos examinados presentaron una piel de color amarillo claro.

*Color del cabello.* Tomado también sobre la escala cromática de Schultz. La totalidad de los indios examinados presentaron la coloración número 10 de dicha escala, que es la tonalidad más oscura, casi negra. La calvicie y la canicie son rasgos prácticamente ausentes entre los nativos, y cuando éstos aparecieron, en ínfimos porcentajes, desde luego, denotaron la presencia del mestizaje con grupos blancos.

*Color de los ojos.* Se observó gran variación en las tonalidades del color castaño, desde un poco claro hasta un oscuro, que es el que frecuentemente se encuentra entre la población indígena americana.

*Sistema piloso.* Fue observado sobre una escala de desarrollo de cero a cuatro, habiéndose registrado una pilosidad entre 0 y 2, es decir, muy escasa. Lo mismo puede anotarse para la barba y los bigotes, que prácticamente no existen entre estas gentes y apenas si se insinúan entre algunos sujetos, especialmente en los nativos de Puracé, quienes presentan ya algunos rasgos de mestizaje, lo mismo que los de Quisgó y Kokonuko.

*La frente.* A pesar de que se observan algunos sujetos con frente ligeramente inclinada hacia atrás o huidiza, la mayoría de los indios tienen la frente recta.

*El ojo.* Se encuentran con alguna frecuencia entre el grupo Guambiano-Kokonuko algunos de los rasgos del llamado ojo mongólico, aunque no aparece en los sujetos estudiados la concurrencia de todos ellos, como son la inclinación de la abertura palpebral en tal forma que el ángulo externo queda más alto que el interno; el pliegue del párpado superior que cae sobre las pestañas y el que cubre el punto lacrimal o carúncula. Estas características, que se observan en conjunto entre chinos, japoneses y otros grupos orientales, sólo las hemos encontrado entre algunos indígenas del occidente del Departamento de Caldas, especialmente en las viejas parcialidades de San Lorenzo y Bonafont.

*El lóbulo de la oreja.* Es generalmente adherido, salvo entre los nativos de Puracé, en donde, por razón de la mezcla con algunos grupos blancos, se anota la presencia del lóbulo libre.

*Prognatismo.* El prognatismo más frecuente es el nasoalveolar, sin tendencia muy acusada. Sin embargo, existen varios individuos que no presentan este rasgo. Este hecho, como los demás anotados, lo señalan los investigadores Lehmann y Marquay como un dimorfismo sintomático de la mezcla entre indios y blancos, por lo cual concluyen que el grupo Guambiano-Kokonuko constituye una población mestiza en la cual hay la coexistencia de caracteres pertenecientes al grupo indígena y de otros que son propios de la población blanca.

Además de las anteriores apreciaciones, hechas teniendo en cuenta los llamados caracteres descriptivos, estos grupos indígenas caucanos fueron estudiados también desde el punto de vista de los caracteres mensurables, lo que permitió las siguientes deducciones antropométricas.

*La estatura.* Los promedios indican una estatura poco elevada para los Guambiano-Kokonukos, que sólo llega a 1.59 mts., en tanto que la estatura sentada, que indica la proporción del busto, es más desarrollada, pues alcanza un mínimo de 80.4 cm., una media general de 82.4 cm. y a una máxima de 83 cm.

El diámetro bi-acromial o anchura de las espaldas es muy desarrollado; llega a una media de 37 cm.

*Miembros superiores.* Los miembros superiores son cortos en relación con la estatura. No existen diferencias notables en-

tre los distintos grupos en lo que respecta a este rasgo, lo que sí sucede en los otros. Los valores de la longitud absoluta varían entre un mínimo de 66.9 cm. (Polindaras) y un máximo de 71.2 (Páez).

*Miembros inferiores.* La longitud media de los miembros inferiores evaluada por la altura de la espina ilíaca antero-superior es de 89.9 cm.; su longitud relativa es de 56.4. La proporción, con respecto a la estatura, es más bien larga que corta.

*La cabeza.* Presenta poco desarrollo en el sentido longitudinal o diámetro antero-posterior, en tanto que es notoriamente ancha, es decir, con desarrollado diámetro transversal máximo. La proporción entre estos dos diámetros se traduce en un índice cefálico horizontal de 80.1, es decir, en una fuerte mesocefalia que está casi en el límite de la braquicefalia.

*La cara.* La cara de los Guambiano-Kokonuko es a la vez larga y bastante baja. El diámetro bicigomático medio llega a 140, es decir, es muy grande.

*La nariz.* Es relativamente alta en algunos casos, pero observada en conjunto es media, por la cual este grupo puede definirse como mesorrino.

En resumen, la antropometría de estos nativos permite deducir la existencia de un elemento de base que forma el fondo de la población y que da testimonio de su origen racial; perturbaciones más o menos profundas, más o menos extendidas manifiestan las incidencias del mestizaje con grupos blancos.

El tipo racial se caracteriza pues por una piel amarilla clara, ojos y cabellos castaño oscuro, escaso desarrollo del sistema piloso, casi inexistente; estatura pequeña, busto bien proporcionado, anchas espaldas, caderas estrechas; miembros superiores particularmente cortos; mesobraquicéfala, la cabeza es notoriamente alta y la frente estrecha y recta. La cara acusa algún prognatismo y tiene la nariz media o mesorrina, a veces platrina, o sea ancha y baja. Los ojos son casi siempre oblicuos y el lóbulo de la oreja adherido.

Tales son los principales aspectos del estudio a que nos hemos referido, suscrito por Lehmann y Marquey y elaborado sobre la base de la encuesta realizada en asocio nuestro entre los indígenas del oriente del Cauca, en el año de 1943. Constituye este

trabajo uno de los muy pocos que se han llevado a cabo en Colombia con fines de clasificación racial y en el cual se aplicó un criterio técnico, siguiendo, como hemos dicho, las orientaciones del Instituto de Etnología de París.

Los autores encuentran en su trabajo bases para comparar tales grupos nativos con otros de América Central y de regiones occidentales de América del Sur, lo que demuestra —dicen— el origen común de todas estas poblaciones. “Colombia —afirman— por su situación geográfica, se encuentra en el eje de un vasto movimiento de migraciones, unas procedentes de la América Central y las otras de Perú y Bolivia. Estas dos corrientes se fusionaron con los elementos más antiguos, elementos todavía poco conocidos desde el punto de vista de la arqueología y de la antropología física, y que constituyen el substratum étnico del país”.

LUIS DUQUE GOMEZ

TERRIBILINE, MARIO ET MICHEL. — *Résultats d'une enquête faite chez les Makú (Brésil)*. En: Bulletin Société Suisse des Américanistes, N<sup>o</sup> 21. Genève (Suisse), 1961, pp. 37-38.

Es este un importante estudio de los investigadores Mario y Michel Terribiline sobre los indios Makú que habitan la región Caiari-Vaupés, fronteriza entre Colombia y el Brasil. Es el resultado de sus observaciones de campo, después de haber vivido con los nativos, en sus propias malocas, durante varias semanas.

Se refiere este estudio a una serie de aspectos etnográficos de los Makú, un grupo amazónico muy poco conocido y que está prácticamente en vía de desaparición.

Según los Terribiline, los Makú se llaman a sí mismos “Ubdé-Nehern”, que significa gentes. Su talla es pequeña. Parece que estos indios fueron los primitivos habitantes de la región. Los Tucano invadieron durante largo tiempo su territorio y los redujeron a la esclavitud. Como consecuencia de esta prolongada servidumbre se desarrolló un marcado resentimiento entre ellos, que explica su fuerte hostilidad hacia el indio Tucano y hacia los blancos.

La estatura, de acuerdo con la encuesta antropométrica realizada entre estos indios por los Terribiline, va desde 1.47 a 1.60 mts., es decir, una talla media de 1.53, lo que permite clasificarlos entre los pueblos de pequeña estatura.

Para llegar a sus habitaciones, esto es a sus malocas, es necesario seguir los difíciles senderos hechos por entre la selva. Estas habitaciones son propiedad común del grupo. Los objetos personales se reducen a muy poca cosa, generalmente a las armas. El material empleado para cubrir el techo de las malocas es la hoja de palma, que es de gran duración.

Para procurarse el fuego, cuando faltan los fósforos suministrados por la Misión, emplean todavía el sistema de frotar maderos por medio de un movimiento de rotación impreso a un madero colocado verticalmente sobre otro horizontal.

Los productos cultivados son propiedad comunal de las personas que habitan la maloca, y los cultivos son generalmente de manioco, plátanos, piñas, coca y caña de azúcar.

Los grupos se desplazan de maloca en maloca después de cosechar los frutos y hacen nuevos cultivos antes de partir.

Los Makú son muy hábiles cazadores. Como armas para estas actividades emplean principalmente el arco y la cerbatana, esta última hasta de 3.50 mts. de longitud, con las que impulsan flechas envenenadas con curare.

Para la pesca del *igarapé*, que no es un pez muy grande, emplean el sistema de redes contra la corriente. El anzuelo metálico lo reemplazan con espinas amarradas en forma de V. La pesca con flecha es muy poco frecuente.

La base de la alimentación es el manioco, que lo elaboran en diversas formas.

Consumen también varias clases de insectos, serpientes, cocodrilos, peces pequeños, aves, animales de caza, plátanos, piñas y otras frutas silvestres.

Los principales alimentos los toman al iniciarse el día y por la noche, preparados por las mujeres.

La masticación de la coca está muy generalizada entre los Makú, que la consumen por la tarde, en torno del fogón, en las marchas prolongadas por la selva y en los períodos de escasez, para entretener el hambre. Las hojas de coca mezcladas con otras plantas se muelen y se forma un polvo de color gris-claro.

Los Makú son grandes especialistas en la preparación del curare, que emplean para la caza y en las guerras. La preparación de este veneno es objeto de complicados ritos y ceremonias. Es una operación individual que se realiza en secreto, en medio de la selva y que dura alrededor de dos días, durante los cuales los indígenas deben practicar completa abstinencia.

Las mujeres llevan generalmente el cabello largo y los hombres corto; algunos lo usan recortado sobre la frente.

Usan varios colorantes para el cuerpo. Para el aseo de los dientes usan la arena aplicada con los dedos.

La pintura corporal y el tatuaje sólo los emplean en las grandes ocasiones, como la fiesta del "jurubari" o la del "cachiri", y consiste en dibujos y arabescos ejecutados con tintura de *urucuru* sobre la cara y sobre todo el cuerpo.

Los adornos son llevados también sólo en las fiestas: collares de cuentas de piedra blanca, de forma cilíndrica, llamadas "piedra del diablo"; cinturones de dientes de tigre, de tapir o de mono, y en las piernas cascabeles para llevar el ritmo en la danza, etc. Todos estos adornos están reservados a los hombres.

Los vestidos son pocos: cubre-sexos para los hombres y alguna ropa adquirida en la Misión para las mujeres.

No se casan entre miembros de la misma familia o del mismo grupo.

Cada vivienda está habitada por varias familias, que forman un sub-grupo en un conjunto de malocas distantes entre sí a varias horas de camino.

Puede existir parentesco entre miembros de diferentes grupos.

El apellido se transmite de generación en generación a través del primogénito.

La división del trabajo es la siguiente:

Hombres y mujeres, pesca, preparación de la coca, cultivos.

Mujeres, preparación de alimentos, fabricación de canastos.

Hombres, caza, fabricación del curare.

Los "Jurubari", trompetas de corteza y de madera dura, son conservados en un sitio secreto, pues personifican los espíritus del mal.

Los únicos que los manejan son los hombres y sólo éstos tienen el derecho a verlos. Cuando los "jurubari" se aproximan,

las mujeres huyen fuera de las malocas, para esconderse, pues no pueden mirarlos, so pena de muerte.

Los muertos son colocados en una cesta y algunas veces envueltos en telas o puestos en ataúdes de madera, en posición supina, para ser llevados al cementerio, que generalmente está situado en medio de la selva, a dos kilómetros de distancia de la maloca.

Su espíritu puede vagar por todas partes y llega hasta golpear las paredes de la maloca, sobre todo por la noche. Los espíritus de los muertos son considerados como maléficos.

Según su mitología, de la espuma de un río nacieron al mismo tiempo el primer hombre, la primera mujer y el fuego.

El primer hombre y la primera mujer tomaron el fuego y lo dieron a los demás hombres, que lo encontraron sobre su camino. Ellos se fueron después a vivir a las grandes casas de piedra que aún se conservan en una elevada montaña situada debajo del Río Negro.

Para llegar a donde habitan es necesario remontar el río, siguiendo una gran serpiente. Los Makú se consideran hijos de esta gran serpiente que todavía adoran.

Los ancianos son los que saben las cosas —como afirman los nativos—, es decir, que conocen todos los misterios de la vida y de la muerte, y la historia del pueblo Makú. Ellos tienen el poder de cambiar la suerte, y es por esto por lo que se prohíbe a los niños jugar cerca a ellos.

La leyenda habla de un hechicero de gran fuerza física y de un poder oculto extraordinario, encerrado en una caja hecha de un grueso tronco de árbol.

El hostiga a sus enemigos devolviéndoles sus propias flechas envenenadas, que atrapa en el aire.

En los ritos de iniciación de los adolescentes, los hombres dan vueltas con los jurubari alrededor de la maloca.

Estos y otros datos relacionados con los aspectos etnográficos de los Makú se encuentran reseñados y explicados en el trabajo recientemente publicado por los investigadores Mario y Michel Terribiline, después de varios viajes realizados al territorio habitado por estos indios y preparados en el Museo Etnográfico de Ginebra.

LUIS DUQUE GOMEZ

WILBERT, JOHANNES. — *Identificación etno-lingüística de las tribus indígenas del occidente de Venezuela*. En: Memoria, órgano científico de la Sociedad de Ciencias Naturales de La Salle, t. 21, N° 58. Caracas, 1961, pp. 5-26.

En el Tomo XXI, N° 58, enero-marzo de 1961, de la importante revista "Memoria", órgano científico de la Sociedad de Ciencias Naturales de La Salle, Venezuela, se incluye una valiosa contribución del investigador Johannes Wilbert al estudio de la etnografía del hermano país. Se trata de un trabajo que se intitula "Identificación etno-lingüística de las tribus indígenas del occidente de Venezuela".

La importancia del estudio de Wilbert radica en el hecho de que sus investigaciones constituyen a la vez un paso adelante en el conocimiento de la etnografía colombiana, pues se trata de tribus que viven a todo lo largo de la frontera entre los dos países, al oeste del Lago de Maracaibo, en la zona comprendida entre la península de La Guajira y el río Catatumbo. En dicho territorio moran actualmente varios conjuntos indígenas a saber: los Guajiros, en la parte norte; los Paraujanos, alrededor de la laguna de Sinamaica; los Yupa, en la parte norte de la Sierra de Perijá, y los Dobokubi, en la parte sur de la misma; son los que del lado de Colombia se denominan indios Motilones, en la zona del oriente del actual Departamento de Norte de Santander.

Estos grupos indígenas, que ahora son objeto de una intensa investigación etnográfica en las regiones venezolanas, por medio de trabajos realizados por Wilbert y otros miembros de la Sociedad de Ciencias Naturales de La Salle, fueron estudiados también en parte por comisiones del Instituto Etnológico Nacional, hoy Instituto Colombiano de Antropología. El personal especializado de esta entidad realizó detenidas observaciones acerca de la lengua, la organización social, las formas mágico-religiosas de los guajiros colombianos y de varios grupos motilones. Es de mencionar, desde luego, la importante tarea llevada a cabo por investigadores nacionales y extranjeros en años anteriores, lo mismo que los datos suministrados por las misiones que han tenido a su cuidado las campañas de evangelización entre estos nativos.

Los recientes trabajos de Johannes Wilbert han sido realizados con un riguroso método moderno de investigación etnográfica y lingüística y rectifican algunos de los conceptos que se habían formulado antes acerca de las formas culturales de estos indios. La parte más novedosa de su investigación la constituye, quizás, la aplicación del método glotocronológico para tratar de averiguar el origen y los posibles parentescos remotos entre una y otra tribu, la época en que se separaron algunas lenguas del tronco común y su desplazamiento a través de extensas comarcas del territorio septentrional de Suramérica.

El estudio del autor que comentamos se inicia con una visión panorámica de los Guajiros y los Paraujanos, que hablan una lengua arawak, para seguir luego con los Yupa, de filiación caribe, y terminar con los Dobokubí, que tienen una lengua chibcha.

Tales grupos viven en un área que comprende sólo una extensión de 350 km. de largo y 60 km. de ancho, en tanto que los que viven del lado de Colombia abarcan una zona mucho más amplia. En conjunto estos nativos del occidente de Venezuela suman 17.200, distribuidos así: 13.000 Guajiros, 1.000 Paraujanos, 1.200 Yupas y 2.000 Dobokubí.

Según Wilbert, tanto los Paraujanos como los Guajiros poseían en el momento de la conquista española una cultura muy poco desarrollada. Hoy en día la agricultura se practica sólo por clanes de status inferior entre los Guajiros, y la economía de los Paraujanos se basa casi exclusivamente en la pesca y en la recolección de frutas silvestres. La alfarería se limita tan sólo a unos grupos de Guajiros, que fabrican vasijas de mala calidad, en tanto que aparentemente entre los Paraujanos nunca existió esta industria. Lo mismo sucede también con el arte de hilar y de tejer. La casa típica de los actuales Guajiros es el llamado paraviento o la casa rectangular con techo de paja de dos aguas y con paredes de adobe. Los Paraujanos construyen palafitos rectangulares, con techo y paredes de paja, muy parecidos a las casas de los indios Warao del delta del Orinoco. Las curiacas de los Paraujanos son embarcaciones de alta calidad y los indios las impulsaban con un canaleta de hoja larga. Ambas tribus hacen cestería y desconocen por completo la metalurgia.

“La tribu Guajiro —escribe Wilbert— está dividida en unos 30 clanes y no constituye una unidad política o socioeconómica, pues no existe un jefe único. Cada clan está identificado con un

animal y reconoce a un jefe, cargo que se hereda matrilinealmente. El status hereditario, en general, es muy importante existiendo también un tipo de esclavos.

“La estructura social de los Guajiro se caracteriza por familias extendidas con hogares poligínicos nucleo-familiares. La separación más resaltante entre todas las relaciones intra y extra grupales es la distinción que hacen entre familiares de sangre y familiares de carne. Como familiares de sangre consideran a las personas que están emparentadas con Ego en forma patrilineal, en tanto que los familiares de carne se encuentran emparentados con Ego a través de la línea materna. Los lazos de parentesco entre familiares de carne se consideran con más fuerza que los que existen entre parientes de sangre. De todos los consanguíneos, es el tío materno quien posee la mayor autoridad, y su palabra cuenta más en todos los asuntos domésticos. Es frecuente, por eso, encontrar a la familia extendida agrupada alrededor del asiento del tío materno, lo cual hace de los Guajiro una sociedad avunculocal. Generalmente, sin embargo, la residencia parece ser matrilocal, y el sistema de parentesco de los Goajiro es del tipo Crow. Por lo que se refiere a los matrimonios entre primos hermanos, a Ego le está permitido casarse con todas las primas, con excepción de la hija de la hermana de la madre. También puede casarse con cualquier pariente de la segunda generación descendiente, con excepción de las hijas de la hija de la hermana de la madre. Se practica la poligamia, que representa una señal de status y rango. El sororato, aunque permitido, raras veces es practicado.

“Según un cálculo glotocronológico, las lenguas actuales de los Goajiro y Paraujano están separadas la una de la otra por 20 siglos mínimos. El doctor Swadesh supone que hace 65 siglos mínimos los Arawak empezaron a extenderse a través de grandes extensiones por la América del Sur. Como el desarrollo de la agricultura en este Continente es de fecha mucho más reciente, la expansión Arawak necesariamente empezó como la expansión de la gente de cultura marginal, y fue continuada por los agricultores Arawak solamente durante los últimos 2.000 años. Si la clasificación de los Guajiro como Arawak marginales es correcta, se puede, posiblemente, identificarlos con los cazadores y pescadores de filiación Arawak que se extendieron en dirección Oeste-Este y no con los agricultores que emigraron

más tarde desde el Este hacia el Oeste. En este caso, los rasgos culturales del tipo Selva Tropical representarían más bien adquisiciones por aculturación y no residuos de esa cultura que degeneró por causa de los cambios radicales del patrón económico básico o de las condiciones desfavorables del ambiente.

“La estructuración social entre los Paraujano no va mucho más allá de la familia nuclear poligínica. La familia extendida no juega papel importante y el individuo se identifica mejor con la comunidad en la cual nació, de la cual seleccionó su esposa, y en la cual sigue muy probablemente viviendo hasta el fin de su vida. Esa comunidad puede comprender un grupo residencial grande o varios pequeños pero, dentro del mismo, la gente se casa endogámicamente y es capaz de señalar sus lazos consanguíneos a la mayoría de sus miembros. El sentimiento de grupo de un endo-deme de este tipo está basado, por consiguiente, tanto en la coresidencia, como en la consanguinidad. Otras características de la estructura social de los Paraujano son la descendencia bilateral, terminología usada para primos de tipo Hawaiano, residencia bilocal y restringidamente neolocal, extensión bilateral del tabú del incesto, poliginia restringida, familias nucleares independientes, y términos lineales para tías y sobrinas.

“Algunos etnólogos están inclinados a comparar la cultura de los Paraujano con la de los Warao, en el sentido de encontrar un estrecho lazo cultural y quizás genético entre las dos tribus. En realidad existen dichas semejanzas, especialmente en lo que a elementos de la cultura material y a la economía pesquera se refiere, pero, según el análisis de los grupos sanguíneos, especialmente del sistema sanguíneo Diego, no parece exista una estrecha relación genética entre ambas tribus (Layrisse y Wilbert, 1960 b)”.

Los párrafos anteriores son indicadores de la trascendencia de los estudios que realiza Wilbert entre los grupos indígenas de Venezuela y de la importancia que tales investigaciones tienen para un conocimiento sistemático de los nativos de la misma filiación que viven en Colombia.

LUIS DUQUE GOMEZ

ROMERO, MARIO GERMÁN. — *Fray Juan de los Barrios y la evangelización del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, Editorial A. B. C., 1960, 581 pp. (Academia Colombiana de Historia).

Con el título de *Fray Juan de los Barrios y la evangelización del Nuevo Reino de Granada*, de Monseñor Mario Germán Romero, la Academia Colombiana de Historia acaba de publicar el volumen IV de su importante serie "Biblioteca de Historia Eclesiástica 'Fernando Caycedo y Flórez'."

El autor es uno de los más destacados historiadores jóvenes con que cuenta el país y quien ha hecho ya significativos aportes al conocimiento científico de nuestro proceso histórico. La consulta metódica de las fuentes más importantes de las crónicas de la Conquista y de la Colonia y el cotejo de numerosos documentos, han servido de base a Monseñor Romero para hacer luz en varios capítulos que aún eran oscuros en el estudio de nuestros orígenes y desarrollo.

El tema que ahora desarrolla en su nueva obra es no menos importante, pues se trata de analizar la actitud de la Iglesia y los comienzos de su fundación en el Nuevo Reino de Granada, en un momento de singular trascendencia en la historia nacional: la época en que, como consecuencia de la llegada de los españoles, se inicia el choque entre las formas de la cultura occidental y las incipientes manifestaciones culturales de los nativos, que terminan por desaparecer en buena parte como resultado de las campañas emprendidas por los grupos evangelizadores y por la acción de los nuevos amos.

En muchos casos, esta imposición cultural fue violenta, y el deseo de los invasores fue el de sustituir radicalmente ciertas expresiones de los grupos indígenas, en especial las religiosas. Sin embargo, no pocos grupos ante estos hechos desarrollaron una manifiesta actitud de simulación que engañó a los misioneros en un principio y que los hizo pensar que el indio había aceptado con fervor el nuevo credo, cuando en realidad en el interior de sus bohíos y al amparo de los bosques de sus campos seguían tributando clandestinamente un piadoso culto a sus deidades tradicionales.

Más de cuarenta años después de efectuada la conquista de la Meseta Chibcha por don Gonzalo Jiménez de Quesada y sus compañeros y de haber sido sometidas las numerosas pobla-

ciones nativas que moraban en las tierras de Cundinamarca y Boyacá, una visita ordenada para practicar un registro minucioso en cada una de las casas de los indios, dio por resultado la comprobación de que muchas de las formas religiosas de la época prehispánica no habían sido modificadas y que el nativo practicaba simultáneamente el culto en las iglesias cristianas edificadas en las encomiendas y repartimientos, mientras estaban bajo la vigilancia de sus señores, y se entregaban al fetichismo anterior cuando tenían oportunidad de hacerlo.

Fray Juan de los Barrios, el Obispo biografiado por Monseñor Romero en la obra que nos ocupa, jugó un papel de gran trascendencia en esta etapa de transculturación de las poblaciones indígenas del Nuevo Reino de Granada como consecuencia de la acción evangelizadora. Y su obra fue tanto más significativa si tenemos en cuenta que el famoso prelado observó siempre una actitud de comprensión hacia el indio y defendió en muchos casos sus legítimos derechos contra la exacción y los malos procederes de los conquistadores.

Fray Juan de los Barrios quiso, además, que la tarea misional se racionalizara sobre la base de un conocimiento previo de los usos y costumbres de los indios para hacerla más fructífera y menos desconcertante para la mentalidad de los pueblos sojuzgados.

La obra de Monseñor Romero está basada —como él mismo lo anota— en numerosos cronistas, en la Colección de Documentos Inéditos del Archivo de Indias, recopilada por don Juan Friede, parte de la cual está aún inédita en originales que se conservan en los Archivos de la Academia Colombiana de Historia. En una antigua copia de las disposiciones sinodales propugnadas por el señor De los Barrios, que se conserva en el Archivo del Colegio Mayor de San Bartolomé y en la que se guarda en el Archivo Arzobispal de Bogotá, y en otros documentos de no menor importancia.

Uno de los capítulos más interesantes de la obra de Monseñor Romero es el que se refiere a la legislación eclesiástica sobre el Sacramento del Matrimonio y a lo que disponen los catecismos de la época acerca del matrimonio entre los indios.

“Con mucha razón advierte el Catecismo del señor Zapata de Cárdenas —escribe el autor— que el cura ha de poner toda la diligencia en saber las leyes que tienen en el matrimonio”.

“Por cuanto entre estos indios, dice el catecismo, hay diversos modos de casarse, unos por señas, otros por dádivas, otros por palabras, y asimismo puede haber algunas leyes prohibitivas del casamiento por ser parientes o afines, o por ser de otra nación o secta, o por ser de pueblos adonde hay enemistades, y los príncipes por evitar algunos daños a sus súbditos, han mandado algunas cosas, prohibiendo los matrimonios en su ley, y podría ser que por tal prohibición los matrimonios no fuesen válidos. Por tanto en entrando el sacerdote en el pueblo procurará saber si el cacique ha puesto a algún matrimonio impedimento por ley expresa o por costumbre para que no valgan, como sea mandado que los indios de esta nación o pueblo o secta por inconvenientes que se siguen a su pueblo o república, que los tales no eran válidos por cuanto son contratos naturales que el señor natural puede impedir, los cuales dará el sacerdote por no matrimonios, y para evitar escrúpulos convirtiéndose entrambos y queriendo permanecer, hará ratificar el tal matrimonio, y si no quieren vivir juntos juzgará el tal conforme a lo que se dirá en el capítulo de los matrimonios de los fieles que se convierten a la fe.

“No faltaron tampoco las ceremonias nupciales entre los indios —escribe Monseñor Romero—, aunque es oportuno anotar de paso que algunas veces no las había. ‘En el casarse, dice Jiménez de Quesada de los indios del Nuevo Reino, no dicen palabra ni hacen ceremonias ningunas más de tomar su mujer y llevársela a su casa’.

“El Padre Aguado dice de los Saes (Provincia de San Juan de los Llanos) que para elegir mujer se reúnen varones y mujeres, se embriagan y se juntan los casados, los solteros toman las que les parece ‘y dende en adelante la tienen por mujer’.

“De los indios moscas dice el Padre Asensio: ‘Cuando algún indio se quería casar con alguna mujer que le contentaba, daba primero el dote al padre de la india en mantas o en oro . . . si la mujer de alguno salía de su poder y alguno otro la quería recoger, daba a su marido lo que había dado en dote al padre de la india su mujer y quedaba la tal india libre de su marido, y podía ser mujer del otro; y el indio que la recibía de tal manera, la podía tener por mujer. Pero si la india se salía del poder del primer marido, sin que se le pagase la dote, y la india se juntaba con otro, ella y el indio con quien se juntó, siéndoles pedido

el adulterio, eran ajusticiados en la punta de una sierra, que llaman la punta de Cota, en un camino que por aquella punta pasa, que blanquea y se ve desde la ciudad de Santa Fe, que está a tres leguas de la ciudad’.

“Entre los Bogotaes, según el Padre Simón, ‘se usaba que el pretendiente enviaba sin hablar con nadie a los parientes o padres de las que pretendía, una manta, y si no se la volvían a enviar luégo volvía a enviar otra y una carga de hayo y medio venado, si era gente a quien estaba concedido por los caciques comerlo . . . aquella noche siguiente de como había entrado esto se iba al romper el alba y sentaba a la puerta de sus suegros, sin hacer más ruido que el que bastase para que entendiesen que estaba allí, los cuales en sintiéndolo decían desde adentro: ¿Quién está allá afuera, es por ventura algún ladrón que viene a hurtar o buscar carne aquí?, pues yo no debo nada a nadie, ni convido huéspedes. A que no respondía el pretendiente, sino que con silencio estaba aguardando que saliese la desposada que no tardaba mucho, con una totuma grande de chicha y llegando junto a él la probaba ella primero y dándosela a él bebía cuanto podía, con que quedaba hecho el casamiento’.

“Castellanos al hablar del matrimonio del Bogotá con la mayor de las hijas del Ubaque dice que lo hizo

“Con la solemnidad y regocijo  
que tienen de costumbre todos ellos  
en esta tierra cuando se desposan,  
que son embriagueces descompuestas  
sin otras ceremonias de terceros;  
antes cualquiera dellos que pretende  
casarse con alguna que le cuadra,  
contrata con los padres o parientes  
que la tienen debajo de su mano  
cerca del precio que dará por ella,  
y si la cantidad no les contenta,  
el comprador añade por dos veces  
la mitad más de lo que dio primero;  
y si de la tercera vez no compra,  
busca mujer que sea más barata;  
más si les satisface lo que manda,  
dánsela, sin usarse de más ritos  
de recibirla dándoles su paga,  
quedándose con ella quien la vende,  
porque no lleva más dote la novia

de nobles o de bajas condiciones  
de solas veinte múcuras de chicha,  
vino que hacen de molido grano,  
y algunas alhajuelas usuales”.

Este capítulo de la obra de Monseñor Romero, *Fray Juan de los Barrios y la evangelización del Nuevo Reino de Granada*, se extiende en aspectos tan interesantes como los siguientes: el matrimonio por señas, el matrimonio por dádivas, las leyes que regían el matrimonio entre los indios, la iglesia y el matrimonio entre los nativos y lo que se ordenó sobre este particular en el Concilio de Lima y en el Sínodo de Santafé en desarrollo de las recomendaciones pontificias; la idolatría y la superstición de los indios, la Encomienda en los Sínodos y Teólogos; se incluye el texto íntegro de las Constituciones Sinodales de Fray Juan de los Barrios, del año de 1556, cuya consulta ofrece gran interés para todo aquel que quiera saber en detalle las recomendaciones que se hicieron en aquellos tempranos días de la Colonia para cambiar y sustituir las viejas creencias de los indios.

LUIS DUQUE GOMEZ

UNDA L., EDUARDO. — *Maravillas turísticas sur-huilenses*. Neiva, Imprenta Departamental, 1961, 89 pp.

El Departamento del Huila, especialmente la región del sur, ofrece múltiples atractivos para el turismo. El tipismo de sus gentes, las incomparables bellezas naturales y las reliquias arqueológicas, le dan a este sector del país una posición privilegiada y le aseguran un futuro próspero cuando cristalicen los esfuerzos que ahora inicia el Gobierno Nacional para conseguir que tanto extranjeros como colombianos conozcan las peculiaridades de nuestro pueblo, admiren y respeten su patrimonio artístico e histórico y valoren en sus justas proporciones lo que la naturaleza nos brinda no solamente en materia de recursos naturales sino también en objetos de interés científico de recreación y de emoción estética.

Quizás uno de los principales obstáculos que ha tenido el conocimiento adecuado de los recursos técnicos del sur del Huila ha sido la falta de vías de comunicación y de instalaciones hoteleras que brinden al viajero amplias comodidades en sus excursiones. Por fortuna, tales condiciones empiezan a superarse: una buena red de carreteras permite llegar ya a los principales lugares de interés, y modernos hoteles han venido a aliviar considerablemente las peripecias que antes sufrían los visitantes que se proponían llegar hasta estos apartados rincones del territorio patrio.

Las excelencias del clima, la extraordinaria variación del paisaje, desde las tierras semi-desérticas y calcinadas del Norte hasta la selva húmeda del Sur; las estribaciones del Macizo, origen de nuestros grandes ríos; la belleza geológica de la Cueva de los Guácharos, el cañón del río Magdalena en el sitio llamado Pericongo, la cuenca del río Sombrerillos, los orquidiarios nativos de Rivera, Suaza, el Pital y otras poblaciones, etc., constituyen motivos de atracción para un viajero amante de las cosas de la naturaleza y que sepa aprovechar lo mucho que en este campo ofrece Colombia y en especial la comarca huilense.

A lo anterior se suma la existencia de viejas poblaciones surgidas desde los tempranos años del siglo XVI, cuando las huestes españolas se empeñaron en lucha a muerte con valerosos nativos dispuestos a sucumbir antes que ceder el dominio de sus tierras y de sus súbditos a los peninsulares. Timaná, Plata Vieja y otros sitios son todavía testigos de lo que fue aquella fragorosa contienda, que duró casi un siglo y donde indios y españoles se aniquilaron recíprocamente sobre los asoleados campos en los cuales se sitúan ahora prósperos poblados. La Cacica Gaitana surge en la leyenda como un símbolo de la altivez de la raza nativa y su mensaje de valor anima a sus descendientes no un deseo de retaliación sino la virtud del decoro y del mutuo respeto de los asociados.

San Agustín y Tierradentro, los centros arqueológicos más importantes de Colombia, constituyen el mayor atractivo para el visitante y para el hombre de estudio que se acerque a los encantadores parajes donde tales reliquias se ubican. Templos funerarios subterráneos y centenares de tumbas y estatuas forman un conjunto de reliquias que, no obstante sus incógnitas, nos hablan bien claro de lo mucho que alcanzaron estos pueblos

en el dominio del arte y del misterioso e intrincado mundo de sus creencias y concepciones religiosas. Investigadores nacionales y extranjeros han dedicado buenos años de su vida a desentrañar el misterio que envuelven estas antiguas ruinas, y no obstante los progresos alcanzados en tales investigaciones en los últimos años, surgen todavía muchos problemas acerca del origen y de la época en que tales pueblos llegaron a las estribaciones del Macizo, para situar allí sus establecimientos y para convertirlas en morada reverente de sus muertos.

Existe ya una bibliografía científica sobre San Agustín y Tierradentro, en la cual sobresalen las obras de Cuervo Márquez, Preuss, Hernández de Alba, Pérez de Barradas, Nachtigall y otros estudiosos que han adelantado exploraciones y viajes de reconocimiento en la zona. Sin embargo, tales trabajos son en su mayoría eminentemente especializados y están consagrados de preferencia a la investigación de los fenómenos arqueológicos y etnográficos.

Tal es la importancia del folleto que acaba de publicar don Eduardo Unda con el título de *Maravillas turísticas sur-huilenses*, en edición patrocinada por la Dirección de Educación del Departamento.

El autor es un renombrado pedagogo, cuyas tareas docentes las ha combinado felizmente con las labores de investigación. Su fervor por el estudio de las bellezas naturales, la geografía y las reliquias arqueológicas de su Departamento lo ha llevado a trasegar por todas las comarcas huilenses en su empeño de observar directamente las cosas y de recoger personalmente el dato científico. Como Administrador del Parque Arqueológico de San Agustín, cargo que desempeñó por muchos años, y después del Parque Arqueológico de Tierradentro, don Eduardo Unda tuvo la oportunidad, bien aprovechada por cierto, de adentrarse en el estudio profundo de estas reliquias prehispánicas. Su colaboración fue particularmente útil para nosotros en las exploraciones que adelantamos en el yacimiento arqueológico de Quinchana, lo mismo que los datos que ha puesto a nuestra disposición sobre sus reconocimientos en los cementerios y estatuas halladas posteriormente en Lavaderos y en el sitio donde hoy se ubica el Hotel de Turismo de San Agustín.

El folleto de Unda tiene los siguientes capítulos: El Macizo Colombiano, Cultura megalítica septentrional andina, El valle de

Laboyos, La Cueva de los Guácharos, Viaje a San Agustín y San Andrés de Pisimbalá, Topografía y Toponimia del territorio Páez. Es una descripción amena y metódica de las características de estos lugares, en la que aporta datos de primera mano y de gran interés para su estudio científico. Igualmente *Maravillas turísticas sur-huilenses* es el manual que faltaba para que el viajero sea conducido con inteligencia y con entusiasmo a todo lo largo de su recorrido por una zona que, como hemos anotado al principio, ofrece múltiples motivos de admiración y estudio.

LUIS DUQUE GOMEZ

MAYER-OAKES, WILLIAM y ROBERT E. BELL. — *Lugar poblado por antiguos hombres de la sierra ecuatoriana.*  
En: Boletín de la Academia Nacional de Historia del Ecuador, v. 41, Nº 95. Quito, 1960, pp. 113-114.

Es evidente el notable progreso que en las últimas décadas han alcanzado los estudios arqueológicos en los distintos países del Nuevo Mundo. Con el concurso de los gobiernos nacionales y con la cooperación técnica y económica de distintas organizaciones científicas internacionales, se han adelantado investigaciones en áreas en donde poco o casi nada conocíamos acerca de sus moradores prehispánicos, con excepción de los relatos que sobre este particular nos dejaron las crónicas de la Conquista y el Descubrimiento. México, Guatemala, Honduras, Costa Rica, Panamá, Colombia, Venezuela, Brasil, Ecuador, Perú y Chile han sido objeto de exploraciones arqueológicas recientes. En los Estados Unidos, varias decenas de hombres de estudio han consagrado por entero su vida al estudio de la evolución cultural de este país desde sus orígenes, habiendo alcanzado, con los concursos de la ciencia moderna, en especial con la aplicación de los últimos medios utilizados para la datación cronológica, muy significativos resultados para el esclarecimiento de problemas arduos de la arqueología del Nuevo Mundo, como el relacionado con los primitivos pobladores americanos. Gracias a estos estudios y a los realizados en otras comarcas del Continente, los horizontes culturales han ido cobrando una antigüedad insospe-

chada y sus huellas o vestigios empiezan a modificar, en parte, el cuadro que antes conocíamos para el desarrollo general de la cultura humana. En esta forma, la llegada del hombre a América, que antes se juzgaba como realizada en una época relativamente reciente, se ha comprobado ya que data de hace más de 20.000 años, a juzgar por lo que indican los resultados del análisis del carbón 14 encontrado en vestigios arqueológicos de Nuevo México y otras regiones de los Estados Unidos. En México, sur de Chile, Venezuela y Perú, la misma técnica de datación cronológica ha delatado la presencia de depósitos arqueológicos bastante antiguos que denotan también que el primer paso del hombre por estas latitudes fue más remoto de lo que hasta ahora se venía creyendo. En Colombia, excavaciones arqueológicas realizadas por Reichel-Dolmatoff en la Costa Atlántica dieron como resultado huellas culturales que, analizadas desde el punto de vista radioactivo, indicaron una antigüedad de más de 3.000 años para los primitivos moradores de las costas de Barlovento, cerca de Cartagena, lugar donde se hicieron estas exploraciones.

En el Boletín de la Academia Nacional de Historia del Ecuador, correspondiente al volumen XLI, N° 95, enero-junio de 1960, se publica un informe de antiguos yacimientos arqueológicos en este país, suscrito por los investigadores William J. Mayer-Oakes y Robert E. Bell, de la Universidad de Oklahoma. El informe en mención trae, entre otras, las siguientes noticias:

“Las investigaciones de campo en el Ecuador han producido una prueba arqueológica de la ocupación de los Andes septentrionales por primitivos cazadores nómadas.

“Las recolecciones de superficie y las excavaciones han demostrado un conjunto de herramientas de piedra con típicas relaciones con el nivel de las Cuevas de Fell en el sur de Chile y relaciones técnicas con las puntas estriadas del más antiguo pleistoceno de Norteamérica. La edad de estos objetos se estima entre siete mil y ocho mil años antes de Jesucristo.

“Del 23 de enero al 7 de febrero de 1960, un grupo de dos hombres del Museo de la Universidad de Oklahoma realizó investigaciones preliminares en un antiguo lugar arqueológico de los Andes ecuatorianos cerca de Quito.

“El doctor Robert E. Bell, Profesor de Antropología y Curador de Arqueología en el Museo, y el doctor William J. Meyer-

Oakes, Director del Museo, localizaron el sitio respecto del que habían sido informados anteriormente por el geólogo Allen Graffham de Ardmore, Oklahoma. Además reunieron un gran número de objetos de obsidiana y basalto de la superficie del terreno en El Inga, un lugar muy erosionado en las laderas del monte Ilaló, cerca de la población de Tumbaco.

“Los tipos de objetos de obsidiana que han sido encontrados incluyen varios estilos de puntas de proyectiles, raspadores de lado y de extremo, objetos o láminas en forma de huevo, buriles, taladros, láminas prismáticas, láminas sumamente finas y cuentitas poliédricas hemisféricas. De las observaciones en el campo aparecen dos estilos de puntas de flechas que son las más importantes: el estilo dominante es de puntas anchas lanceoladas, idénticas en la forma a las puntas que caracterizan al nivel de las Cuevas de Fell en Chile; el estilo de algunas otras es lanceolada como las del tipo de punta clovis de Norteamérica, pero han sido encontradas solamente de manera fragmentaria. Ambos tipos se caracterizan por un pulimento basal y longitudinal, y tienen una estría irregular, formada por trocitos removidos en ambas caras y en una sola. En realidad son verdaderas puntas estriadas en dos distintas formas.

“Los objetos de basalto son generalmente irregulares, pero bien hechos; raspadores, cuchillos, morteros... han sido encontrados.

“Dos excavaciones de prueba hechas en una de las porciones no erosionadas del lugar demostraron que los objetos estaban contenidos en una capa de suelo oscuro de 12 a 15 pulgadas de espesor que comprende la capa vegetal del lugar. Estas pruebas demostraron las posibilidades de excavaciones mayores en El Inga.

“En cuanto a tipos, en El Inga parece que hay numerosos elementos antes desconocidos en Suramérica, las puntas del tipo de la Cueva de Fell, parecen los mejores índices cronológicos. En Chile esto se relaciona con extinguidos caballos y perezosos, y por medio del Carbono 14 se les ha calculado de 6.900 años antes de Jesucristo. La presencia de una técnica de estriados y la remoción de partículas en un canal, así como la forma lanceolada, recuerdan los más antiguos tipos norteamericanos. La presencia de láminas, cuchillas y microláminas es rara en Suramé-

rica, pero probablemente también refleja una relación con la tecnología más antigua de Norteamérica.

“Las muestras de obsidiana han sido sometidas a estudio de la Oficina de Fijación de Fechas de Obsidianas de la Smithsonian Institution, pero se espera tener mejores muestras de excavaciones que se planean para el verano de 1960.

“El Inga se considera que ha sido el campo y taller de uno de los más antiguos hombres de Suramérica. Los habitantes debieron ser parte de la primera ola de migración llegada de Norteamérica, y esto posiblemente con unos mil años o más de antigüedad respecto de la gente de la Cueva de Fell. En esta interpretación, los antiguos estilos y vestigios norteamericanos serían más prominentes en el noroeste de Suramérica”.

LUIS DUQUE GOMEZ

SUGGS, R. C. — *The derivation of Marquesan Culture*.  
En: *The Journal of the Royal Anthropological Institute*, v. 91, parte 1. London, 1961, pp. 1-10.

No son pocos los investigadores que en las últimas décadas se han consagrado al estudio de las culturas del Pacífico, de su origen, desarrollo y posibles contactos con otras regiones de la tierra. El interés principal ha estado enfocado hacia el análisis de los pueblos que moraban en las islas del grupo malayo-polinésico, para indagar acerca de la validez de la tesis que sostiene su influencia en la integración étnica y cultural de la América Prehispanica.

Bien conocida es la obra de Rivet *Orígenes del hombre americano*, en la cual el sabio americanista francés, uno de los más ardorosos defensores de la escuela difusionista, desarrolla sus teorías sobre la base de estudios comparativos de la etnografía, la antropología física y la lingüística. Por otro lado, otros autores se empeñan todavía en combatir dichas tesis, señalando la imposibilidad tecnológica en que se encontraban los antiguos moradores de estas islas para realizar prolongados viajes a través del Pacífico hasta llegar a las costas americanas.

Uno de los principales tropiezos que se han presentado para la solución definitiva de este problema es el poco conocimiento que se tiene acerca del proceso de poblamiento de las islas del Pacífico, por falta de estudios arqueológicos sistemáticos que pongan en evidencia las huellas de los primitivos habitantes que moraron en aquellas comarcas y de las formas de vida que practicaban en determinados períodos cronológicos que sirvan de base para los estudios comparativos con los horizontes culturales que florecieron en América. Puede decirse que hasta hace muy pocos años se carecía de una perspectiva temporal de las culturas del Pacífico, más concretamente, hasta la post-guerra, que es cuando se inician una serie de importantes reconocimientos arqueológicos realizados por especialistas y cuyos resultados empiezan a conocerse.

En la entrega correspondiente al mes de junio de 1961 de *The Journal of the Royal Anthropological Institute*, la bien conocida revista antropológica de Londres, se publica un estudio suscrito por R. C. Suggs con el título de "The Derivation of Marquesan Culture" y que contiene una magnífica información acerca de las más recientes exploraciones llevadas a cabo en las islas Marquesas con el objeto de investigar los restos de las más remotas culturas que allí tuvieron su asiento y sus posibles conexiones con el grupo de islas melanésicas.

Para Suggs, el interés general de los investigadores europeos en el conocimiento del origen de los polinesios y otros pueblos del Pacífico, data prácticamente del tiempo en que estas islas fueron descubiertas por los occidentales. Exploradores, misioneros, lingüistas, etnólogos y arqueólogos han intentado participar en esta discusión, cada cual desde su propio punto de vista y apoyándose en tradiciones conservadas entre los nativos, en reconocimientos arqueológicos superficiales, en la distribución y análisis de ciertos rasgos culturales, en la craneometría, estudios del arte, rasgos lingüísticos, etc.

Los recientes trabajos sobre la estratigrafía arqueológica de las islas han venido a cambiar en parte la estructura que se había hecho sobre el proceso prehistórico polinésico.

Según el testimonio recogido por viejos exploradores entre los nativos, los primitivos pobladores de las islas Marquesas habrían venido de otras islas situadas al Oeste. Así lo afirman Porter (1812-1813), Gracia (1843) y Delmas (1927). Los nom-

bres de estas islas serían Vavao, Tokanui, Tetuiia, Kopou, Manuka y otros.

Estas tradiciones han servido para sustentar la teoría de que el origen de la cultura de las islas Marquesas hay que buscarlo en la Polinesia Occidental o en la Melanesia.

Otros autores, los etnólogos, creen que tales manifestaciones son el resultado de una serie de inmigraciones que modelaron sus aspectos tecnológicos, económicos, la organización social y las formas religiosas.

Para Linton (1923), por ejemplo, la cultura de las Marquesas es el resultado de tres grupos migratorios, a saber: los Indonesios, los Melanesios y los Polinesios, cada uno con sus características raciales y con sus complejos culturales propios, grupos que en oleadas sucesivas pasaron por dichas islas y regresaron a su lugar de origen dejando así sus huellas culturales en el archipiélago. Otros han hecho llegar hasta allí la influencia de Tahití, considerándola como una importante región de dispersión hacia el oriente polinésico.

Este complejo problema empieza a despejarse ahora, con los resultados de las exploraciones científicas realizadas en Hawaii, Nueva Zelanda, las Marquesas y Mangareva.

Las excavaciones en las Marquesas fueron conducidas bajo los auspicios del Museo de Historia Natural de Nueva York durante los años de 1956 a 1958. Uno de los más importantes yacimientos arqueológicos explorado fue el de Nhaal, en el Valle de Haatuatua, hacia la esquina noreste de Nuku Hiva. Las excavaciones descubrieron un grupo de pequeñas casas y una estructura ceremonial cerca a un cementerio. Los trabajos se prolongaron durante tres meses y medio, tiempo en el cual fueron exploradas las casas y el centro ceremonial y se hallaron varios miles de artefactos y 36 entierros, la mayoría de más de una persona.

Las muestras de materia orgánica recogidas en 1956 en el centro ceremonial para análisis de carbono 14 arrojan una fecha de 120 años antes de Cristo para los elementos arqueológicos hallados en las capas más profundas. Son estos los primeros datos cronológicos obtenidos para la Polinesia.

Suggs resume así sus informes:

Las Marquesas fueron colonizadas alrededor del año 120 antes de Cristo, es decir, 2.080 años a partir del presente, por

un numeroso y bien equipado grupo de polinesios. Los elementos culturales de este grupo ofrecen variadas características que facilitan el estudio de su filiación y origen. Ornamentos, azuelas, cerámica, cuchillos de concha, templos y otros elementos que muestran estrechas relaciones con artefactos y estructuras similares que aparecen en Polinesia Occidental y en Melanesia, en tanto que no hay evidencias de contactos con la región oriental. Esto permite declarar que el origen de la cultura de las Marquesas hay que buscarlo en las islas volcánicas del occidente polinésico, en un estrato que no ofrece muchas diferencias con las antiguas culturas melanésicas.

Estos resultados refuerzan las tesis sustentadas por investigadores como Churchill (1911), Dixon (1916), Smith (1910), Balfour (1917) y otros, quienes pensaron en ciertas semejanzas lingüísticas, etnográficas y físicas entre los grupos de Polinesia y Melanesia.

Finalmente, Suggs afirma que las investigaciones realizadas en las islas Marquesas demuestran el evidente desarrollo de los pueblos polinésicos en la construcción de embarcaciones y su capacidad para la navegación, contradiciendo así la tesis de Andrew Sharp, quien en reciente estudio, publicado en 1957, niega por completo las supuestas habilidades de los polinesios como marineros y los juzga incapaces para realizar viajes de más de 300 millas de distancia. Según él, las islas polinésicas habrían sido colonizadas por viajes realizados al impulso de las corrientes. Esta colonización pudo completarse con pequeños y mal equipados grupos, como es de suponerse en casos de viajes accidentales de pescadores desviados de su curso durante sus cortos recorridos. Las plantas y animales domésticos habrían sido en muchos casos difundidos debido a los naufragios.

Las teorías de Sharp fueron ampliamente disentidas por Suggs (1960) y por Luonala (1959), quienes afirman que los colonizadores de las Marquesas navegaron más de dos mil millas hasta llegar a la zona que ocupan, con vientos contrarios y en contra de las corrientes, con un viaje planeado y con un equipado grupo de colonización. Los datos que arrojan las excavaciones arqueológicas practicadas en los últimos años en Hawaii llevan al investigador Emory a la conclusión de que la antigua colonización de esta cadena de islas supuso también un esfuerzo similar.

En los últimos años los descubrimientos arqueológicos realizados en distintos sitios de América han ido perfilando un horizonte cultural de gran profundidad cronológica, que llega ya a cerca de 20.000 años, como lo demuestran los análisis de carbono 14 en yacimientos de Norteamérica, pero los resultados de los trabajos que hemos comentado actualizan nuevamente la discusión sobre la posibilidad de contactos posteriores entre América y las islas del Pacífico.

LUIS DUQUE GOMEZ

WILLEY, GORDON R. (Editor). — *Antropología de Mesoamérica*. Washington, Unión Panamericana, 1960, VIII, 53 pp. (Estudios Monográficos, N<sup>o</sup> V).

La Unión Panamericana ha publicado el folleto intitulado *Antropología de Mesoamérica*, en el cual se recogen una serie de interesantes monografías y discusiones sobre el tema, resultado del Symposium patrocinado por la American Anthropological Association.

Entre los estudios más importantes incluidos en el folleto aludido figura el suscrito por Alfredo V. Kidder, uno de los más reconocidos arqueólogos norteamericanos, quien pasó muchos años en exploraciones a lo largo de los territorios selváticos de México y Guatemala, buscando desentrañar, a base de excavaciones arqueológicas sistemáticas, los misterios de la arqueología mesoamericana. Se refiere el investigador a un balance de la marcha de los estudios arqueológicos en esta porción de América durante los últimos cincuenta años, para lo cual emplea toda su experiencia de terreno y los prolongados ratos de su vida que ha dedicado al estudio de la civilización de Aztecas y Mayas.

“Es un poco desalentador —escribe Kidder— el darme cuenta que aparte de haber leído de muchacho a Prescott y Stephens, mi contacto con Mesoamérica sólo data de hace cuarenta y nueve años, cuando siendo estudiante en Harvard elegí el curso de Antropología 5 a cargo de R. B. Dixon y entré en contacto académico con los Aztecas y los Mayas. Después del curso de Dixon, esa misma primavera solicité participar en una expedición ar-

queológica al suroeste y entré en contacto con un joven instructor, Alfredo M. Tozzer, quien me presentó a otro de los solicitantes, un individuo pequeño, de anteojos, Sylvanus Morley. Así, en menos de dos minutos entré en contacto con dos personas que han sido mis amigos y colaboradores de toda la vida, cada uno de los cuales, a su manera y en forma muy diferente, han contribuido tanto al avance de los estudios de Mesoamérica. Tozzer a lo que se refiere a toda el área y Morley principalmente sobre los Mayas”.

En los términos transcritos, Kidder relata sus primeros contactos con los que después serían con él los grandes mayistas norteamericanos, a cuyos esfuerzos investigativos debemos los modernos estudios mesoamericanos y las bases sobre las cuales se ha estructurado la sistemática de la arqueología en los últimos años.

La Antropología, como bien se ha dicho, es una de las ciencias más recientes, pues sus métodos y teorías científicas sólo datan de poco más de cien años, y muchos de los aspectos de que se ocupa continúan todavía en proceso de estructuración. En América, esta evolución de los estudios antropológicos es todavía más reciente, y si nos referimos a Colombia, tenemos que señalar el año de 1941, fecha de la fundación del Instituto Etnológico Nacional, hoy Instituto Colombiano de Antropología, como el comienzo de la moderna escuela americanista en nuestro país, pues hasta entonces sólo teníamos esfuerzos aislados, muy meritorios por cierto, pero que no se ajustaban rigurosamente a los requerimientos y métodos que hoy en día son universalmente aceptados por los estudiosos de la llamada Ciencia del Hombre.

“Me gustaría disponer —agrega Kidder— de tiempo para poder relatar las experiencias de ese verano con Morley en la zona de los indios Puebla del suroeste de los Estados Unidos y norte de México; pero debo decir unas palabras sobre la enseñanza de la antropología en Harvard durante esos años. Tenía un carácter puramente descriptivo y factual, había una ausencia absoluta de teoría, nada se decía, por lo que yo puedo recordar o encontrar o revisar mis notas de clase, sobre qué era la Antropología, o sobre cómo se podría realizar su colaboración con otras disciplinas ayudando a comprender a nuestros semejantes con los que compartimos este siempre agitado planeta. Tampoco tenía la Arqueología en Harvard profundidad crono-

lógica, y creo que era una situación bastante general, a pesar de lo que se conocía, y de lo que entonces ya nos decía Farrabee sobre la evolución de las culturas del Viejo Mundo”.

La explicación de este retraso y en especial del poco interés por el estudio de la evolución de las culturas en el tiempo la encuentra Kidder, para el caso de América, en la forma como los investigadores de aquellos tiempos rechazaban cualquier sugerencia sobre la posible alta antigüedad de los primitivos pobladores del Nuevo Mundo.

Como resumen de su visión panorámica de la arqueología mesoamericana, Kidder señala las siguientes tareas que se ofrecen a los investigadores que se ocupan del estudio de esta área sobre la base de sus implicaciones de espacio y tiempo:

“*Orígenes.* En la actualidad se han encontrado indicios auténticos en el nivel del hombre primitivo en México, pero sin que exista una correspondencia con lo que en el este de Norteamérica se conoce como arcaico . . . Es extraño que tengamos un desconocimiento tan grande de las culturas preformativas que debieron ser las que dieron origen al bien desarrollado período formativo. Sus restos deben existir en alguna parte, y nuestra misión es encontrarlos.

“*Cronología.* Los problemas sobre relaciones culturales, como difusiones, contactos, migraciones, desarrollo artístico y técnico requieren todos ellos una cronología relativa o absoluta para poder resolverlos. Aunque como posibilidad el Carbón 14 es de un valor incalculable, sobre Mesoamérica tenemos sólo unas cuantas muestras desparramadas, algunas de ellas evidentemente falsas, para que puedan ser tomadas como base. Deberán obtenerse muchas más series y más largas. Pero aun así no debemos dejar de recoger las evidencias positivas de la estratigrafía, sin amainar nuestros esfuerzos para encontrar una correlación con las fechas obtenidas mediante la dendrocronología en el norte.

“*Los Olmecas.* Los hallazgos de Stirling (1943) en Tres Zapotes y sobre todo de La Venta llamaron la atención sobre los Olmecas . . . es una cultura extraña y todavía no bien entendida, o quizás debiera llamarse un arte. ¿Adquirió sus rasgos característicos, como lo sugieren algunos, de los restos encontrados en Tlatilco, antes del florecimiento del arte Maya? ¿Influyó en el desarrollo de este último?

“*Los Mayas*. Podría plantear problemas sobre esta cultura extraordinaria durante horas; pero, además del que ya mencioné sobre su relación con los Olmecas, los dos que personalmente me interesan en especial son: 1) ¿Era ‘el antiguo imperio’, un imperio?; por ejemplo, cómo era su organización política y religiosa. 2) ¿Cuál fue la causa de la ruina de las ciudades del sur? Hemos acumulado datos durante 50 años —termina diciendo Kidder en su estudio presentado en Boston en 1955—, de los cuales apenas ahora empezamos a desprender su significado; pero lo que es más alentador todavía para mí es ver que donde antes se trataba sólo de una simple cantera de tierra y un buscador de fragmentos de vasijas de barro, hoy ya se están realizando esfuerzos para entender nuestro campo no sólo en términos de una prehistoria del Nuevo Mundo o de las leyes del desarrollo cultural, sino también sobre la naturaleza fundamental y las habilidades innatas del ser humano”.

LUIS DUQUE GOMEZ

*Facatativá, santuario de la rana*. Andes Orientales. — Antonio Núñez Jiménez. Editorial Lex, Amargura, La Habana, 1959. Publicado originalmente en “Islas”, revista de la Universidad Central de Las Villas, Cuba.

No obstante que sobre pictografías y grabados prehistóricos del país se han ocupado numerosos autores nacionales y algunos extranjeros, es mucho lo que aún queda por hacer en este interesante campo de la investigación antropológica. La mayor parte de tan importantes expresiones de la cultura primitiva, que abundan a lo largo y ancho del Continente, aún permanece bajo el velo del misterio. En no pocos casos la fantasía ha llevado demasiado lejos a varios autores que se han apresurado a dar explicaciones a los enigmáticos simbolismos pintados y grabados, en los cuales han visto abecedarios, alfabetos, escrituras, cuando no mapas indicativos de la existencia de supuestos tesoros dejados por los aborígenes. El estudio de las pictografías y petroglifos ha tropezado en América con una dificultad consistente en el hecho de que, sólo excepcionalmente, puede ser ayudado con da-

tos de la historiografía antigua. Mientras en el estudio de estos signos pintados o grabados no se tomen en consideración otros factores de la cultura primitiva, a saber la religión, la magia, el arte, etc., será difícil llegar a conocer el sentido y significación de tales reliquias prehistóricas. La cultura es un complejo, una totalidad de factores y elementos; de suerte que la naturaleza de uno cualquiera de sus componentes no podrá entenderse cabalmente si no se atiende al conjunto.

En un folleto de 95 páginas, pulcramente editado y abundantemente ilustrado, el señor Antonio Núñez Jiménez, Profesor de la Universidad Central de Las Villas, Cuba, presenta, bajo el título *Facatativá, santuario de la rana*, un excelente estudio sobre las pictografías de la citada población cundinamarquesa. En su trabajo el autor refuta, con mucha razón, varias tesis sostenidas al respecto por historiógrafos nacionales y extranjeros.

Con base en relaciones de Humboldt y otros exploradores del Continente, el Profesor Núñez Jiménez hace, en la primera parte de su estudio, algunas consideraciones generales sobre el descubrimiento y significación mítica, mágica y religiosa de los grabados y pinturas precolombinas de América, y busca relaciones entre ellos y ellas y el tatuaje practicado aun por varias tribus aborígenes. En la segunda parte, el autor se detiene en un análisis global del arte rupestre de la Edad Paleolítica de Europa, a partir del período Auriñaciense, cuando aparecen firmes manifestaciones de pintura, escultura y grabado, de los que son temas, el hombre, para la escultura, y los animales de caza para el grabado y la pintura. En el período siguiente o Solutrense, continúa el desarrollo del arte pero con prevalencia del animal como tema de los artistas cuaternarios. El arte epilítico europeo se manifiesta espléndido y en hermosa policromía en el Magdaleniense. Las representaciones animalísticas de este período aparecen plenas de vida. Al artista magdaleniense le gusta representar el animal en movimiento, y en este sentido se muestra más fuerte que todos los animalistas antiguos y modernos, puesto que llega a representar el animal al galope. Hermosos ejemplos de esto son el bisonte de la cueva de Altamira; los mamuts y renos, grabados y pintados de la gruta de Font-de-Gaume; el rebaño de renos, grabado, de Laugerie-Basse, etc., que son obras maestras de este arte fósil.

Con razón señala el autor que con el período Neolítico, el arte rupestre se torna un tanto esquemático y simbólico. Prosiguiendo el análisis, Núñez Jiménez anota que en el Aziliense la pictografía se hace decididamente lineal y geométrica. Se refiere, desde luego, a los enigmáticos cantos rodados pintados que tanto caracterizan el mencionado período. Expone las similitudes observadas por Breuil y Brodrick entre el arte rupestre esquemático europeo, principalmente de España, con el que se ha registrado en el Sahara y en el Africa Austral. Por último, y en forma breve, toca con el arte rupestre de la India y Nueva Guinea, en donde se han registrado temas y técnicas similares a las de Europa. Con la prudencia propia del científico, el autor expone la posibilidad de que tales símiles puedan ser el resultado de idénticas formas de pensamiento y parecido ambiente y no precisamente pruebas de parentescos raciales y culturales.

En la tercera parte de su meritorio trabajo, el autor pasa a ocuparse de las pictografías de Facatativá, indicando primeramente la ubicación geográfica del sitio, la naturaleza del paisaje, la morfología de las rocas en que aparecen las mencionadas reliquias prehistóricas, la geología de la región etc. En el análisis de las figuras pintadas se ocupa primeramente de la rana, la que reconoce, estilizada generalmente en el doble rombo; para ello se vale, en forma comparativa, del o de los procesos de estilización de los animales y del hombre, tomados en consideración en el Viejo Mundo; al efecto, ilustra su trabajo con las estilizaciones de las cuevas españolas y australiana. Prudentemente señala que la interpretación de signos iguales en diferentes culturas bien puede ser distinta, como es el caso entre varias tribus norteamericanas. Al anotar la presencia muy frecuente de motivos raniformes tanto en Facatativá como en Cundinamarca y, en general, en Colombia, observa que éstos muestran estilos y técnicas semejantes. Con mucha razón refuta a Tavera-Acosta, quien afirma que en Colombia la representación de la rana está casi ausente, cuando es precisamente uno de los temas más abundantes en el arte rupestre nacional, según lo hemos podido constatar. Otro de los motivos que el autor reconoce en varias de las piedras pintadas que estudia es el del lagarto, sobre el cual propone el proceso de su estilización. Indica su frecuencia en asocio de la rana, así como el significado esotérico que tiene entre los aborígenes de América. Se ocupa luego de las formas

de cruces que registra en Facatativá, señalando que se trata de un simbolismo de remota antigüedad y que aparece así en Egipto como en varios sitios arqueológicos de México y América Central. Si bien el Profesor Núñez Jiménez alude a fines sagrados atribuibles a la cruz, no los especifica ni concreta. Cabe señalar aquí que en América, en muchos casos, la cruz se relaciona con el agua y con los fenómenos atmosféricos; es un atributo o símbolo de las deidades acuáticas. En México la cruz significaba “el dios de las lluvias”, como dice Chavero, y lo mismo significa en la región Calchaquí.

En el análisis de algunas figuras geométricas, recoge las ideas de Triana y en forma un tanto dudosa trata de ponerse de acuerdo con tal autor en cuanto que algunas de ellas representan mantas, apoyándose para ello en los relatos del Padre Simón sobre Bochica, héroe civilizador que enseñó a los Chibchas el arte del tejido. La representación de la mano, que aparece igualmente en Facatativá, es otro de los motivos de que se ocupa el autor. Observa que tal representación aparece no sólo en varios sitios de Colombia, América del Norte y Sur, sino que ha sido un elemento, al par que muy antiguo, frecuente en el Viejo Mundo, destacando la famosa cueva de Gargas, en Francia, en donde se han hallado más de 200 huellas de manos, algunas con mutilaciones intencionales en los dedos. Este rito de la mutilación ha sido observado entre los Papuas de Nueva Guinea, en las islas de Fidji, en América y en Australia. Hace luégo consideraciones sobre las figuras circulares y sus combinaciones con otras pictografías. En la apreciación de éstas como de otras expresiones pictóricas, alude el autor a figuraciones similares registradas en Cuba. Al señalar el hecho de que las figuras circulares, que responden a representaciones solares y lunares, se registran en diversos Continentes y países, dice que ello “es el producto de la adoración universal, el sabeísmo, que de estos astros hicieron los pueblos primitivos. Tal como en Europa y Africa, en América se representa el sol de diversas maneras, si bien predomina la forma circular con rayos exteriores y a veces antropomorfizado, con ojos, nariz y boca”.

Se refiere luégo el autor a varias pictografías que simulan hojas vegetales, las cuales compara con hallazgos semejantes hechos en la isla de Cuba. Señala la posibilidad de que tales representaciones hojiformes correspondan a las hojas del tabaco,

planta que tanto entre los Chibchas como entre los Arawak tenía significación mágico-religiosa. Cabe indicar que tal tipo de representación pictórica se registra en varios lugares del territorio chibcha, por ejemplo, en Sogamoso.

Finaliza el autor la parte descriptiva de su trabajo con unas consideraciones generales en relación con la extensión del arte rupestre colombiano, indicando múltiples similitudes existentes no sólo en nuestros llanos, sino mucho más lejos, en el E y NE de Suramérica.

En la cuarta y última parte de su interesante estudio, el Profesor Núñez Jiménez entra a ocuparse del "Mito y realidad de la rana". Ante todo, el autor trae para el caso varias alusiones científicas indicativas y probatorias de la intuición o sentido de la rana para anunciar, mediante el canto, la proximidad de las lluvias y otros fenómenos meteorológicos. Tan importantes hechos los explica apoyándose no sólo en noticias históricas sino en algunos mitos relacionados con la rana. Destaca la importancia que este batracio tuvo en la civilización chibcha. Con la ayuda de una abundante bibliografía, el autor se esfuerza por mostrar la asociación de la rana a las lluvias, a la fertilidad, a la procreación, no sin señalar que en algunos casos este animal llega a convertirse en héroe cultural y motivo de adoración, en varias culturas de Colombia y de América. Varios mitos, muy oportunamente traídos, como uno de los Arawak de la Isla Española, otro de los Cunas de Panamá, otro de los Kogui, etc., le sirven de apoyo en su tesis sobre el importante papel desempeñado por la rana en las culturas aborígenes de Colombia y América. Debemos anotar que, como la rana o el sapo, otro animal, el surí (avestruz americano), también constituye otra especie de barómetro anunciador de las lluvias, que no pasó desapercibido de la observación del indio americano.

El estudio del profesor e investigador cubano Núñez Jiménez es muy interesante y constituye valiosa contribución a la antropología colombiana.

ELIECER SILVA CELIS  
Museo Arqueológico de Sogamoso

REICHEL-DOLMATOFF, GERARDO Y ALICIA. — *The People of Aritama. The Cultural Personality of a Colombian Mestizo Village.* London, Routledge & Kegan Paul, 1961. xviii, 482 pp.

Publicado por la Universidad de Chicago, e impreso en Inglaterra en 1961, ha aparecido al público el estudio de una comunidad criolla colombiana, que por muchas razones es necesario destacar.

Se trata de una investigación profunda que responde a un período de varios años de observación, y que no se limita a describir unos rasgos generales del grupo estudiado para conformarse con unas conclusiones que encajen en lugares comunes de una teoría científica preestablecida.

La profundidad de la investigación realizada hace de este trabajo un material obligatorio para el enfoque de nuestros problemas diarios de conocimiento respecto a las comunidades criollas. No dudamos que si bien cada comunidad presenta diferencias con la vecina, este trabajo da un enfoque que debe tenerse en cuenta en un futuro si se trata de realizar una labor analítica profunda. La situación social de Colombia, hoy en franco proceso de cambio cultural, bien puede apoyarse en la metodología de trabajo esbozada en su obra por los Reichel-Dolmatoff. Así, este libro constituye un manual de análisis, muy por encima de cuanto se ha publicado, y no será posible ignorarlo en las investigaciones futuras.

El problema de contacto cultural, demasiado teórico en sus planteamientos generales, tanto sociológicos como antropológicos, la simplificación tan socorrida de explicaciones por pisos térmicos, la valoración del sentido "indio" versus "español", las valoraciones de contextos religiosos y de los factores de definición de estatus y, en definitiva, los problemas de cambio cultural, se describen en *The People of Aritama* en forma dinámica y aparecen planteados bajo una orientación nueva que, dejando muchas veces de lado la metodología clásica de sistematización de los trabajos, consigue, en cambio, llevar el estudio a un análisis profundo, al que no se podía llegar por los sistemas tradicionales.

Las actitudes asociadas a la respuesta afectiva de las gentes para con los demás, su estructura íntima derivada de una ecua-

ción respeto-prestigio-alimentación, y principalmente la dimensión temporal que afecta instituciones, patrones y actitudes mentales que dan forma a la vida cultural de la comunidad, se demuestran como una herramienta de análisis de más valor que la aplicación de una teoría anticipada.

Presenta el libro una trilogía integrada plenamente, al analizar primero las condiciones fundamentales de la existencia individual, luego las formas institucionales específicas de la vida social y finalmente las configuraciones culturales de la realidad.

El enfoque bio-fisiológico merece ser destacado, ya que junto a la descripción ecológica significa un piso firme para el análisis y plantea la importancia que tiene para la comprensión socio-psicológica el partir de las condiciones de realidad de la existencia individual. Ello evita el sistema demasiado socorrido de establecer como base una teorización aceptada de antemano para explicar una cultura.

El cambio individual, las motivaciones, valores y actitudes culturales, el cambio de instituciones, es decir, en conjunto las formas específicas de la vida institucional, nos presenta la cultura global, como un sistema que configura la realidad. Los problemas de simple subsistencia física son descritos en su formulación dinámica, como sistemas de adaptación, y gracias a este método asistimos a la aparición de un universo culturalmente creado, donde las dimensiones de lo natural se integran al marco sobrenatural para definirse como vivencias sobrenaturales y para permitirnos comprender el conjunto cultural con una claridad no alcanzada en otros trabajos similares.

Pensamos que el análisis de los valores de prestigio, que las tensiones asociadas a los valores alimenticios y las formas extremas de las dimensiones de conciencia, son de tal profundidad y precisión, que permiten establecer un enfoque para una nueva metodología antropológica, tal como sucede con la medicina o la psicología, que por el análisis de lo patológico han podido llegar a la formulación de sus principios científicos. Este libro sobre una cultura en proceso (patología en muchos aspectos) nos abre un nuevo camino de investigación.

Analizada la Sociedad como el elemento destinado a asegurar la subsistencia del grupo y la cultura como el sistema para ofrecer un universo consciente, se cumple plenamente la volun-

tad de los autores de realizar un estudio exploratorio, pero creemos que el texto es muchísimo más que esto. Creemos sinceramente que es un verdadero manual de trabajo, una guía para nuestras investigaciones antropológicas.

JOSE DE RECASENS